

MONSTRUOS ORDINARIOS

J. M. MIRO

MONSTRUOS ORDINARIOS



NIÑOS PERDIDOS

La primera vez que Eliza Grey vio al bebé fue al anochecer, en un vagón que avanzaba lentamente por un tramo de la vía azotado por la lluvia, a unos cinco kilómetros al oeste de Bury St Edmunds, en Suffolk, Inglaterra. Tenía dieciséis años en aquel entonces, era iletrada e inculta, con ojos tan oscuros como la lluvia, y estaba hambrienta porque no había comido nada desde la noche anterior. Tampoco traía abrigo ni sombrero, ya que había salido huyendo en plena oscuridad, sin pensar a dónde ir o qué hacer. Su cuello aún tenía las marcas de los pulgares de su patrón y sus costillas, los moretones que le había hecho con sus botas. En su vientre tenía al bebé creciendo, aunque ella no lo sabía aún. Cuando dejó a su patrón en su camisa de dormir, con una horquilla en el ojo, lo había dado por muerto.

Había estado corriendo desde entonces. Cuando salió tropezando de entre los árboles y echó un vistazo a lo largo del campo oscurecido en busca del tren de carga que se acercaba, pensó que no lo lograría; pero, de algún modo, unos instantes después, estaba trepando la cerca; luego, vadeando por el campo mojado; sentía como si la lluvia helada cortara sus costados, el grasiento y denso lodo del terraplén manchó su falda cuando resbaló y cayó hacia atrás. Siguió avanzando, abriéndose paso a gatas frenéticamente.

Fue entonces cuando escuchó a los perros. Vio a los jinetes aparecer de entre los árboles, varias figuras oscuras, una tras otra tras otra, todos

formados tras la cerca, mientras los perros sueltos ladraban y se precipitaban hacia adelante. Vio a los hombres a caballo galopando, en cuanto sujetó el asa del vagón y se impulsó con las pocas fuerzas que le quedaban para abordar, escuchó el sonido de un rifle y sintió unas chispas que pasaban cerca de su rostro; dio la vuelta y vio al jinete con sombrero de copa, el aterrador padre del hombre muerto, parado en los estribos y levantando el rifle nuevamente para apuntarle. Ella rodó desesperadamente sobre la paja que estaba lejos de la puerta y se quedó jadeando en la penumbra mientras el tren empezaba a acelerar.

Debió quedarse dormida. Cuando despertó tenía el cabello pegado al cuello. El suelo del vagón se sacudía y golpeteaba, y la lluvia y el viento entraban con fuerza a través de la puerta entreabierta. Apenas alcanzaba a distinguir los bordes de las cajas amarradas, con etiquetas que decían Greene King, y una tarima de madera volcada en la paja.

Había algo más, una especie de luz que ardía tenue y casi imperceptiblemente con el brillo azulado de un relámpago. Cuando gateó hacia el resplandor, se percató de que no era una luz, sino un bebé que brillaba entre la paja.

Recordaría ese momento por el resto de su vida: la forma en que el rostro del bebé titilaba con un brillo azul translúcido, como si tuviese un farol bajo la piel, el mapa de venas en sus mejillas, sus brazos y su cuello.

Ella se acercó más.

La madre del bebé, una mujer de cabello negro, yacía junto a él, muerta.

¿Qué rige nuestras vidas, si no el azar?

Eliza observó cómo el brillo que emanaba la piel de la pequeña criatura se desvanecía lentamente hasta desaparecer. En ese momento, su pasado y su futuro se extendieron frente y detrás de ella, como una sola línea continua. Apoyada en sus rodillas y en sus manos, se agachó sobre la paja, meciéndose al ritmo del vagón. Podía sentir los lentos latidos de su corazón, y casi creyó que lo había soñado, que aquel brillo azul podría haber sido un resplandor en sus pupilas a causa del cansancio, el miedo y el dolor de la vida de fugitiva que se abría ante ella. Casi.

—Oh, ¿quién eres, pequeño? —murmuró—. ¿De dónde saliste?

Ella no se consideraba ni especial ni astuta. Era pequeña como un ave, con un rostro estrecho y esquelético, ojos demasiado grandes y cabello tan castaño y áspero como pasto seco. Sabía que no era importante, se lo habían dicho desde que era niña. Si su alma pertenecía a Jesús en la siguiente vida, en esta, su carne le pertenecía a cualquiera que la alimentara, vistiera y albergara. Así era el mundo. La lluvia golpeteaba y entraba por la puerta del vagón, y ella sostenía al bebé junto a su pecho, mientras la fatiga empezaba a abrirse frente a ella como una puerta en la oscuridad, se vio sorprendida por lo que experimentó: un sentimiento repentino y simple, pero intenso. Se sentía como ira y era desafiante como la ira, pero no era ira. Jamás en su vida había sostenido algo tan indefenso y tan poco preparado para el mundo. Eliza empezó a llorar. Lloraba por el bebé y por ella misma, y por aquello que no podía enmendar. Después de un rato, cuando ya no podía llorar más, abrazó al bebé y volteó a ver la lluvia.

Eliza Mackenzie Grey. Ese era su nombre. Se lo susurró al bebé una y otra vez, como si fuese un secreto, pero no añadió: «Mackenzie por mi padre, un buen hombre que el Señor llamó demasiado pronto a su lado». Ni dijo: «Grey por el hombre con el que mi mamá se casó después, un hombre tan grande como mi papá, apuesto como el mismo diablo, quien le endulzó el oído a mi madre con sus palabras, pero que resultó no ser tan dulce como estas». El encanto de ese hombre se había ahogado en la bebida tan solo unas semanas después de la noche de bodas, hasta que las botellas rodaron bajo sus pies en su miserable vivienda al norte de Leicester. Ese hombre acostumbraba a tocar violentamente a Eliza en las mañanas de un modo en el que ella, que seguía siendo una niña, no comprendía, y que la lastimaba y la hacía sentir avergonzada. Cuando la vendieron para trabajar como empleada doméstica a los trece años, fue su madre quien llevó a cabo la venta, quien la envió a la agencia, con los ojos secos y los labios pálidos como la muerte, todo por alejarla de ese hombre.

Ahora ese otro hombre, su patrón, el vástago de una familia azucarera, con sus chalecos elegantes y sus relojes de bolsillo y su bigote arreglado, que la había llamado a su estudio y le había preguntado su nombre, a pesar de que ya llevaba dos años trabajando en la casa, que había tocado suavemente la puerta de su habitación dos noches atrás con una vela en la mano,

que había entrado en silencio y cerrado la puerta detrás de él antes de que ella tuviera oportunidad de levantarse de la cama, antes de que pudiera preguntar lo que pasaba, ese hombre estaba muerto, a miles de kilómetros, en el suelo de su habitación, en medio de un charco de sangre oscura.

Asesinado por ella.

Al este, el cielo empezó a palidecer. Cuando el bebé empezó a llorar de hambre, Eliza sacó el único alimento que tenía, una hogaza de pan envuelta en un pañuelo. Masticó un pedacito para molerlo y se lo dio al bebé. Este lo succionó con hambre, tenía los ojos muy abiertos y la contemplaba mientras comía. Su piel era tan pálida que ella alcanzaba a distinguir las venas azules que corrían debajo de esta. Luego se acercó al cuerpo de la madre y tomó de su enagua un pequeño paquete de billetes y una bolsita de monedas, y con dificultad le quitó el abrigo que portaba, una manga a la vez. La mujer también llevaba colgado del cuello un cordón de cuero con dos pesadas llaves negras. Eliza no se molestó en tomarlas. La falda color malva era tan larga que tuvo que doblarla de la cintura para que le quedara. Al terminar dijo una oración por el alma de la difunta. La mujer era suave y robusta, con grueso cabello negro, todo lo contrario a Eliza, pero tenía cicatrices en el pecho y en las costillas, estriadas y abultadas, no como quemaduras ni como viruela, sino como si la piel se le hubiese derretido y luego congelado así. Eliza no quería ni imaginar qué las había causado.

La ropa nueva era más suave que la que ella tenía, de mejor calidad. Con la primera luz del día, cuando el tren de carga redujo la velocidad en un pequeño cruce, Eliza saltó con el bebé en brazos y caminó por la vía hasta la primera plataforma que encontró. Estaba en un pueblo llamado Marlowe y, ya que le pareció un nombre tan bueno como cualquier otro, decidió llamar Marlowe al bebé. Pagó una habitación en la única casa de huéspedes que había, junto a la vieja taberna, y se acostó en las sábanas limpias sin siquiera quitarse las botas. Sentía la suavidad y el calor del bebé contra su pecho; juntos se quedaron dormidos.

A la mañana, siguiente compró un boleto de tercera clase hacia Cambridge, y de ahí, ella y el bebé siguieron viajando hacia el sur, hasta la estación de King's Cross y el humo de la oscura ciudad de Londres.

El dinero que había robado no le duró mucho. En Rotherhithe contó la historia de que su joven esposo había fallecido en un accidente de carreta y dijo que estaba buscando trabajo. Encontró empleo y alojamiento en la calle Church, en el pub de un barquero que vivía con su esposa, y fue feliz por un tiempo. No le importaba el trabajo duro, trapeaba los pisos, apilaba frascos y pesaba y cernía harina de los barriles. Incluso descubrió que tenía buena cabeza para hacer cuentas. Los domingos llevaba al bebé hasta Bermondsey, al Parque de Battersea, con su pasto crecido, desde donde apenas se alcanzaba a ver el Támesis entre la niebla, y lo cargaba para que los dos chapotearan descalzos en los charcos, y les arrojaban piedras a los gansos, mientras los pobres vagaban como velas parpadeantes por los caminos. A esas alturas ya casi se le empezaba a notar el embarazo, y estaba preocupada todo el tiempo, ya que sabía que llevaba en su vientre al hijo de su antiguo patrón. Sin embargo, cierta mañana, mientras estaba agachada sobre el orinal, sintió un fuerte calambre y algo rojo y viscoso salió de ella. A pesar del gran dolor que sintió, ese fue el fin de ese asunto.

Después, durante una oscura noche de junio, una mujer la detuvo en la calle. La peste del Támesis invadía el aire. En aquel entonces Eliza trabajaba como lavandera en Wapping, apenas ganaba suficiente dinero para comer. Ella y el bebé dormían bajo un viaducto. Su chal era un harapo y sus delgadas manos estaban manchadas e irritadas. La mujer que la detuvo era enorme, casi como una gigante, con hombros de luchadora y grueso cabello plateado recogido en una trenza que caía sobre su espalda. Los ojos de la mujer eran pequeños y oscuros, como dos botones lustrados en un par de botas finas. Su nombre, dijo, era Brynt. Hablaba con un marcado acento estadounidense. Dijo que sabía que su apariencia era extraña, pero que no debía asustarse, ya que todos tenían alguna diferencia, por ocultas que estuvieran, y que esto era una maravillosa muestra del toque divino de Dios en el mundo. También le contó que había trabajado en barracas de feria por años, así que sabía el efecto que podía causar en las personas, pero que ahora había decidido seguir al buen reverendo Walker, del Teatro Turk's Head. También se disculpó por ser tan directa, pero quería saber si Eliza ya había sido salvada.

Cuando Eliza no respondió, y solo se le quedó mirando sin hablar, la enorme mujer de nombre Brynt levantó la capucha para ver el rostro

del bebé. Eliza sintió un temor repentino, de que Marlowe no fuera a ser él mismo, de que no fuera a estar del todo bien, y lo apartó; lo que cargaba no era más que un bebé normal, sonriendo adormilado. Fue entonces cuando Eliza notó los tatuajes que cubrían las manos de la enorme mujer, que desaparecían bajo sus mangas y que lucían como los de un marino recién llegado de las Indias Orientales, con criaturas y rostros monstruosos entrelazados. También había tinta en el cuello de la mujer, daba la apariencia de que su cuerpo entero estaba pintado.

—No tengas miedo —dijo Brynt.

Eliza no estaba asustada, solo que nunca había visto a alguien así.

Brynt la guio entre la niebla por un callejón y a través de un patio goteante hasta un teatro destartado que se asomaba sobre el río fangoso. El interior estaba lleno de humo y poco iluminado. La habitación era solo un poco más grande que un vagón de tren. Vio al buen reverendo Walker caminando sobre el pequeño escenario, en mangas de camisa y chaleco. La luz de las velas se reflejaba en su rostro mientras sermoneaba a un grupo de marineros y prostitutas sobre el apocalipsis que se aproximaba. Cuando terminó de predicar, se dispuso a vender sus elixires, ungüentos y bálsamos. Después, llevaron a Eliza y al bebé a donde estaba él, sentado detrás de la cortina, secando su frente y su cuello con una toalla; era delgado y, de hecho, apenas un poco más alto que un niño. Su cabello era gris, su mirada antigua e intensa. Sus suaves dedos temblaban mientras le quitaba la tapa a su botella de láudano.

—Solo existe un *Libro de Cristo* —dijo suavemente. Alzó la mirada, adormecida e inyectada de sangre—, pero existen tantas clases de cristianos como han existido personas en esta Tierra.

Apretó el puño y luego abrió la mano.

—De muchos, uno —susurró.

—De muchos, uno —repitió Brynt, como si se tratase de una plegaria—. Estos dos no tienen dónde quedarse, reverendo.

El reverendo gruñó, tenía una mirada vidriosa. Era como si estuviera solo, como si se hubiese olvidado de Eliza por completo. Sus labios se movían sin emitir sonido.

Brynt la tomó del hombro para escoltarla afuera.

—Solo está cansado, es todo —dijo ella—, pero le agradas, querida. También el bebé. ¿Quieren un lugar donde dormir?

Se quedaron. Al principio solo por una noche. Luego todo el día siguiente, luego hasta la siguiente semana. A Eliza le agradaba cómo cuidaba Brynt al bebé. Después de todo, solo tenían que compartir el lugar con el reverendo y con Brynt; esta última se encargaba de las labores domésticas, mientras el reverendo mezclaba sus elixires en el rechinante y viejo teatro, «discutiendo con Dios a puerta cerrada», como solía decir Brynt. Eliza había pensado que Brynt y el reverendo eran amantes, pero pronto se dio cuenta de que al reverendo no le interesaban las mujeres, y esto la hizo sentir un gran alivio. Por su parte, ella se encargaba de lavar, acarrear y hasta de cocinar un poco, aunque Brynt hacía muecas todas las noches al olfatear las ollas. También barría el pasillo y ayudaba a acomodar las velas del escenario y a reconstruir, con tablas y ladrillos, los bancos todos los días.

Fue cierto día de octubre cuando dos figuras llegaron al teatro, sacudiendo la lluvia de sus abrigos. El más alto de los dos se pasó una mano por la barba mojada, sus ojos estaban ocultos bajo el ala de su sombrero. Ella lo reconoció de todas formas. Era uno de los hombres que la había perseguido con perros en Suffolk. El padre de su patrón muerto.

Ella se encogió junto a la cortina, tratando de desaparecer. No podía quitarle la mirada de encima, a pesar de que había imaginado ese momento muchas veces, soñado con él, despertado empapada en sudor noche tras noche. Eliza observó, sin poder moverse, cómo el hombre caminaba alrededor de la multitud, estudiando los rostros de los presentes, y era como si ella solo estuviese esperando a ser encontrada, pero él no volteó a verla. Se reunió con su compañero en la parte trasera del teatro, desabotonó su abrigo y sacó un reloj de bolsillo dorado, como si estuviera retrasado para algún compromiso. Luego los dos se abrieron paso para salir a la lóbreguez de Wapping, y Eliza, sana y salva, pudo respirar otra vez.

—¿Quiénes eran, querida? —le preguntó Brynt más tarde, con esa voz baja y retumbante que tenía, la luz de la lámpara alumbraba sus nudillos tatuados—. ¿Qué fue lo que te hicieron?

No podía decirlo, no podía explicarle que ella les había hecho algo a ellos; solo pudo abrazar al bebé y estremecerse. Sabía que no podía ser una coincidencia. En ese momento, se dio cuenta de que la seguían buscando y de que siempre sería así. Todos los sentimientos agradables que

solía tener estando ahí, con el reverendo y con Brynt, desaparecieron. No podía quedarse con ellos. No era correcto.

No se marchó, al menos no de inmediato. Entonces, una mañana gris, mientras cargaba un balde por Runyan's Court, se encontró con Brynt, quien sacó de su falda un papel doblado y se lo entregó. Había un borracho durmiendo en el fango. La ropa limpia estaba colgada en el tendedero. Eliza desdobló el papel y vio su propio retrato en él.

Era un anuncio de periódico en el que ofrecían recompensa por la captura de una asesina.

Eliza, quien no sabía leer, solo dijo:

—¿Tiene mi nombre?

—Oh, querida —respondió Brynt dulcemente.

Eliza le contó todo, justo ahí en ese patio penumbroso. Al principio las palabras se le atoraban en la garganta, pero de pronto salieron apresuradamente, y notó que, al hablar, una sensación de alivio la invadía; no se había percatado del gran peso del secreto que cargaba. Le contó del hombre en su camisa de dormir, la luz de la vela en sus ojos hambrientos, y lo mucho que le dolió, y le siguió doliendo, hasta que él terminó. Le contó que sus manos olían a loción y que ella había avanzado a tientas hasta su cómoda y había sentido... *algo*, algo filoso bajo sus dedos. Le contó cómo lo atacó con este objeto y no se percató de lo que había hecho sino hasta que lo empujó para quitárselo de encima. También le habló del vagón y del farol que había resultado no ser un farol, y de cómo la había visto el bebé aquella primera noche, hasta le contó que le quitó los billetes a la madre muerta y la ropa fina de su cuerpo tieso. Cuando terminó, se quedó viendo a Brynt, quien resopló y se sentó con pesadez en una cubeta volteada, con sus grandes rodillas en alto, el vientre inclinado hacia adelante y los ojos bien cerrados.

—¿Brynt? —le dijo, asustada de repente—. ¿Ofrecen una gran recompensa?

Brynt levantó sus manos tatuadas y volteó a verlas alternadamente, como si tratara de descifrar alguna clase de acertijo oculto en ellas.

—Pude verlo en ti —le dijo en voz baja—. El primer día que te vi en la calle. Pude ver que había algo.

—¿Es una recompensa muy grande, Brynt? —insistió Eliza.

Brynt asintió.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a decirle al reverendo?
Brynt alzó la mirada y sacudió lentamente su gran cabeza.
—El mundo es un lugar muy grande, querida. Algunos piensan que, si corres lo suficiente, puedes escapar de todo. Hasta de tus errores.
—¿Eso crees...?
—Mira, yo llevo dieciocho años corriendo, pero no puedes huir de ti misma.
Eliza se secó las lágrimas y se limpió la nariz con el dorso de la mano.
—No quise hacerlo —murmuró.
Brynt asintió mientras observaba el papel en la mano de Eliza. Se dispuso a marcharse, pero se detuvo.
—A veces esos bastardos se lo merecen —dijo fieramente.

Mientras tanto, Marlowe, con su cabello negro y actitud juguetona, seguía creciendo. Su piel seguía siendo extrañamente blanca, de una palidez malsana, como si nunca hubiese visto la luz del sol. A pesar de eso, se convirtió en un niño dulce, con una sonrisa capaz de abrir cualquier cartera, con ojos tan azules como el cielo de Suffolk, pero había algo más en él. Algo en su temperamento y, conforme iba creciendo, Eliza se daba cuenta de que, cuando no se salía con la suya, hacía muecas furiosas y pisoteaba con fuerza; en esos momentos, ella se preguntaba qué clase de demonio tendría dentro. Durante estos ataques de ira gritaba y aullaba, y tomaba lo que tuviera a la mano, un pedazo de carbón, un tintero, lo que fuera, y lo hacía pedazos. Brynt trataba de reconfortarla diciéndole que así eran los niños, que todos los chicos de dos años pasan por esa fase, y que no tenía nada de malo, pero Eliza no estaba segura.

Y es que cierta noche, mientras caminaban por la calle St Georges, el niño quería algo (¿qué había sido?, ¿una barra de regaliz que había visto en un escaparate?), Eliza, cansada o tal vez distraída, le había dicho que no con firmeza, y lo había jalado de la mano para alejarse de la multitud. Había una ancha escalera de adoquín que llevaba a Bolt Alley, y lo arrastró hacia ella. «¡Lo quiero! ¡Lo quiero!», gritaba él. Volteó a verla y frunció el ceño con una mirada que destilaba oscuridad y veneno. Ella sintió un calor creciente en la palma de la mano y en los dedos mientras

sostenía la de él, y se detuvo en medio de la escalera de adoquín bajo la tenue luz amarillenta de una lámpara de gas. Al detenerse, volvió a ver ese mismo brillo azul que emanaba de él y sintió un dolor intenso en la mano. Marlowe la fulminaba furiosamente con la mirada, observando cómo se retorció de agonía. Ella gritó, lo empujó y en la base de la escalera de adoquín apareció una figura encapuchada que volteó a verlos, tan quieta como un pilar de oscuridad; la figura no tenía rostro, era solo humo, y ella se estremeció al verla...

En cuanto la ira de Marlowe desapareció, también se desvaneció el brillo azul. La veía con confusión desde el fango en el que se había caído; su pequeño rostro pálido se retorció con temor y empezó a llorar. Eliza puso su mano contra su pecho, la envolvió en su chal y tomó al niño con su brazo sano, canturreando suavemente, sintiéndose a la vez avergonzada y asustada. Luego echó un vistazo alrededor, pero la cosa de las escaleras había desaparecido.

Cuando Marlowe cumplió seis años perdieron el teatro en Wapping debido a las rentas atrasadas, así que estaban todos viviendo en una miserable habitación entre las calles Flower y Dean, en Spitalfields. A Eliza le parecía que tal vez Brynt se había equivocado, y que *sí* era posible huir de los errores que uno había cometido, después de todo. Habían pasado dos años ya desde que habían dejado de aparecer los anuncios de periódico que ofrecían una recompensa por su captura. Eliza caminaba penosamente desde Spitalfields hasta la orilla del Támesis para buscar objetos de valor entre el profundo y pegajoso fango del río cuando la marea bajaba; Brynt era demasiado pesada para hacerlo, y Marlowe seguía siendo muy joven. Él corría junto a las carretas de carbón en las calles neblinosas, mientras tomaba pequeños pedazos de carbón de entre los adoquines y se deslizaba bajo las patas de los caballos y esquivaba las ruedas de hierro; Brynt lo observaba con preocupación, parada tras los bolardos. A Eliza no le gustaba mucho Spitalfields, era un lugar oscuro y violento, pero sí le gustaba la forma en que Marlowe había aprendido a sobrevivir en él: su carácter rudo, la forma en que había aprendido a cuidarse, sus grandes ojos oscurecidos con conocimiento. Algunas noches él seguía acostándose a su lado en el colchón plagado de bichos, ella

escuchaba los rápidos latidos de su corazón, entonces todo parecía como había sido antes, cuando él era un bebé, sencillo, dulce y bueno.

Pero no siempre era así. Durante la primavera de ese año lo había encontrado agachado en un callejón lleno de basura en la calle Thrawl, sujetando su muñeca izquierda con su mano derecha. El brillo empezó a emanar de sus manos y su cuello y su rostro, como había ocurrido años atrás. El brillo era azul y atravesaba la niebla. Cuando soltó su mano, por un momento, la piel burbujeó y rezumó. Luego volvió a la normalidad. Eliza no pudo contenerse y dio un grito. Marlowe volteó a verla con culpabilidad, bajó su manga y, de pronto, el brillo desapareció.

—¿Mamá...? —le dijo.

Estaban solos en el callejón, pero ella podía escuchar las carretas rechinando a no más de diez pasos de ahí, y los gritos de los hombres en sus puestos callejeros más adelante.

—Oh, mi cielo —susurró ella. Se arrodilló a su lado sin saber qué más decir. Ella no creía que él recordara el día en que le quemó la mano. Tampoco estaba segura de si sabía lo que hacía o no, pero sí sabía que no era bueno ser diferente en este mundo. Trató de explicárselo. Le dijo que todas las personas tienen dos destinos que Dios les otorga, y que depende de cada uno elegir alguno de los dos. Contempló su pequeño rostro, sus mejillas pálidas por el frío y su cabello negro sobre sus orejas, y sintió una tristeza abrumadora.

—Siempre puedes elegir, Marlowe —le dijo—. ¿Entiendes?

Él asintió, pero ella no estaba convencida de que lo entendiera.

Cuando él habló, su voz era apenas un susurro.

—¿Es malo, mamá? —preguntó.

—Oh, cielo. No.

Él se quedó pensando un momento.

—¿Porque es de Dios?

Ella se mordió el labio y asintió.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Y si no quiero ser diferente?

Le dijo que nunca debía sentir temor de quien era, pero que debía ocultarlo, fuese el brillo azul u otra cosa. «¿Incluso del reverendo? Sí. ¿Incluso de Brynt? Incluso de Brynt». Le dijo que descubriría su propósito

cuando llegara el momento, pero que hasta ese día, otros podrían querer usarlo para sus propios fines. Muchos otros le temerían.

Ese fue el año en que el reverendo empezó a toser sangre. Un médico en Whitechapel dijo que un clima más seco podría ayudarlo, pero Brynt solo agachó la cabeza y salió molesta hacia la niebla. El reverendo provenía de los desiertos de América, y ahí había pasado su infancia, como les explicó después, con rabia, y todo lo que quería ahora era volver a los desiertos a morir. Mientras avanzaban lentamente a la deriva en las noches, iluminados por las lámparas de gas, el rostro del reverendo lucía cada vez más gris y sus ojos más y más amarillentos, hasta que incluso dejó de fingir que mezclaba sus elixires y solo vendía whisky, asegurándole a quienquiera que estuviera dispuesto a escucharlo que este había sido bendecido por un hombre santo en las Colinas Negras de Agrapur, aunque Eliza pensaba que a los clientes no les importaba, y que hasta esa mentira la decía con un tono cansado y poco convincente, como un hombre que ya no creía en su verdad ni en la de nadie más.

El reverendo se desmayó en la lluvia una noche, mientras les gritaba a los transeúntes de la carretera Wentworth parado sobre una caja, y pedía por la salvación de sus almas. Brynt lo cargó de vuelta a la barriada. La lluvia se filtraba por varios puntos del techo, el papel tapiz se había despegado hacía mucho tiempo, y crecía moho en el sarro alrededor de la ventana. Fue en esa habitación, el séptimo día del delirio del reverendo, donde Eliza y Marlowe escucharon que alguien tocaba suavemente a la puerta; pensando que se trataba de Brynt, ella se levantó para abrir, y se encontró en su lugar frente a un hombre extraño.

Una corona de luz gris procedente del rellano cubría su barba y los bordes de su sombrero, de modo que sus ojos se perdían en las sombras al hablar.

—La señorita Eliza Grey —dijo.

No se trataba de una voz desagradable; de hecho, sonaba casi amable, como la voz de un abuelo en un cuento para niños.

—Sí —respondió lentamente ella.

—¿Brynt volvió? —gritó Marlowe—. ¿Mamá? ¿Es Brynt?

Entonces el hombre se quitó el sombrero y se asomó de lado para ver más allá de ella. Entonces Eliza pudo verlo bien, la larga cicatriz roja sobre un ojo y la maldad que reflejaba. Tenía una flor blanca en la solapa.

Ella empezó a cerrar la puerta, pero él interpuso una de sus grandes manos, casi sin esfuerzo alguno, y entró. Luego cerró la puerta detrás de él.

—No nos han presentado, señorita Grey —dijo él—. Ya habrá oportunidad de remediar eso. ¿A quién tenemos aquí?

El hombre observaba a Marlowe, quien estaba parado en medio de la habitación abrazando su oso de peluche café. Al oso le faltaba un ojo y estaba perdiendo relleno, pero era el único tesoro del chico. Este observaba al desconocido con un aire inexpresivo en su rostro pálido. No era miedo, no aún, pero ella se percató de que él presentía que algo estaba mal.

—Todo está bien, cariño —le dijo ella—. Vuelve con el reverendo. Solo es un caballero que quiere discutir un asunto conmigo.

—Un caballero —farfulló el hombre, como si le hiciera gracia—. ¿Tú quién eres, hijo?

—Marlowe —respondió el niño con firmeza.

—¿Cuántos años tienes, Marlowe?

—Seis.

—¿Quién es ese que está en el colchón atrás? —preguntó, moviendo su sombrero en dirección al reverendo, quien estaba acostado, sudando, delirando y volteando hacia la pared.

—El reverendo Walker —dijo Marlowe—, pero está enfermo.

—Anda —intervino Eliza rápidamente, con un nudo en la garganta—. Ve a sentarte con el reverendo. Anda.

—¿Eres policía? —dijo Marlowe.

—*Marlowe* —dijo ella.

—Pues sí, hijo, así es. —El hombre jugueteaba con el sombrero en sus manos mientras observaba al chico, luego volteó a ver a Eliza a los ojos. Su mirada era dura, estrecha y muy oscura—. ¿Dónde está la mujer? —preguntó.

—¿Qué mujer?

Él alzó la mano por encima de su cabeza para referirse a la estatura de Brynt.

—La estadounidense. La luchadora.

—Si quiere hablar con ella...

—No —respondió él. Había una silla torcida junto a la pared y él dejó su sombrero sobre ella, se detuvo a contemplar su reflejo en la ventana

opaca y se pasó una mano sobre el bigote. Luego echó un cuidadoso vistazo alrededor. Llevaba un traje verde a cuadros y tenía manchas de tinta en los dedos, como un empleado de banco. Eliza también notó que la flor blanca de su solapa estaba marchita.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? —dijo ella, tratando de ocultar el miedo en su voz.

Él esbozó una sonrisa. Dobló su chaqueta hacia atrás y ella vio el revólver que llevaba en la cadera.

—Señorita Grey, un caballero de dudosa procedencia, que reside actualmente en Blackwell Court, ha estado preguntando por usted por todo Spitalfields. Asegura que usted es la beneficiaria de una herencia y desea localizarla.

—¿Yo?

Sus ojos destellaron.

—Usted.

—No puede ser. No tengo parientes en ningún lado.

—Desde luego que no. Usted es Eliza Mackenzie Grey, solía habitar en Bury St Edmunds y, según los avisos, es fugitiva de la ley por haber asesinado a un hombre, a su patrón. ¿Correcto?

Eliza sintió cómo se encendían sus mejillas.

—Ofrecen una recompensa considerable por su captura. Aunque no mencionan al niño. —Volteó a ver a Marlowe con una expresión indescifrable—. Me imagino que el caballero no estará interesado en él. Puedo encontrarle un trabajo adecuado en algún lado. Como aprendiz. Eso lo mantendrá alejado de los asilos. En definitiva, estará mejor que aquí, con ese reverendo moribundo y la estadounidense loca.

—Brynt no está loca —dijo Marlowe desde el rincón.

—Cielo —dijo Eliza con desesperación—, ve a Cowett's a buscar a Brynt, ¿sí? Dile que el reverendo la necesita. —Se dirigió a la puerta, pero entonces escuchó un chasquido sordo y se detuvo en seco.

—Aléjese de la puerta ahora. Eso es.

El hombre le apuntaba con su revólver en la tenue luz gris que se filtraba por la ventana. Volvió a ponerse el sombrero.

—No tiene pinta de asesina —dijo él—. Lo admito.

Había sacado un delgado par de grilletos niquelados del bolsillo de su abrigo con la otra mano, y antes de que Eliza pudiera reaccionar, el

hombre estaba a su lado, sujetándola con fuerza del brazo, colocándole los grilletes en la muñeca derecha y tratando de tomar la izquierda. Ella trató de resistirse.

—No... —trató de decir.

Del otro lado de la habitación, Marlowe se puso de pie.

—¿Mamá? —dijo—. ¡Mamá!

El hombre empujaba a Eliza hacia la puerta e ignoraba a su hijo, cuando de pronto Marlowe se le fue encima. Se veía tan pequeño. Ella observó casi en cámara lenta cómo Marlowe estiraba sus pequeñas manos para sujetar al hombre de la muñeca y detenerlo. El hombre se dio la vuelta, y por lo que a Eliza le pareció un largo instante, aunque en realidad no pudieron ser más de unos segundos, se quedó viendo al chico con sorpresa y asombro, luego la expresión en su rostro se retorció y se tornó en una especie de horror. Marlowe estaba brillando. El hombre soltó el revólver y abrió la boca para gritar, pero no lo hizo.

En medio del forcejeo Eliza había chocado con la pared. Marlowe estaba de espaldas a ella, por lo que no veía su rostro, pero sí podía ver el brazo del hombre donde el niño lo había sujetado, y cómo empezaba a burbujear y luego a derretirse como cera caliente. El cuello se le torció, sus piernas cedieron, y entonces, de algún modo, su cuerpo empezó a derramarse a su alrededor, gélido, pesado y espeso como melaza, había extraños bultos por todo su traje verde. En cuestiones de unos instantes, lo que solía ser un hombre poderoso en su plenitud, había quedado reducido a un insignificante pedazo de carne, su rostro estaba congelado en un rictus de agonía y sus ojos muy abiertos, observándolos desde aquella forma derretida que solía ser su cabeza.

Cuando todo quedó en silencio, Marlowe soltó su muñeca y el brillo azul se desvaneció. El rígido brazo del hombre sobresalía de la masa de carne congelada.

—¿Mamá? —dijo Marlowe. El chico volteó a verla y empezó a llorar.

La deteriorada habitación se sentía fría y muy húmeda. Eliza se acercó a él y lo abrazó lo mejor que pudo con los grilletes de hierro en sus muñecas. Sintió cómo temblaba, y ella también estaba temblando. El chico enterró su rostro en su hombro, y ninguna parte de ella había sentido antes lo que sintió en ese momento; ni ese horror, ni esa lástima, ni ese amor.

Pero no estaba asustada. No, no de su pequeño.

Encontró las llaves de los grilletes en el bolsillo del abrigo del hombre. Envolvió a Marlowe en la mejor manta que tenían, encendió el último pedazo de carbón que quedaba en el balde, se sentó junto al reverendo y meció al niño para que se durmiera, mientras el cuerpo arruinado del cazador de recompensas seguía en el suelo junto a la ventana. El chico, que estaba exhausto, se durmió pronto. Brynt seguía sin llegar a casa. Seguramente seguiría trabajando hasta que amaneciera. Cuando Marlowe se quedó dormido, Eliza envolvió el cuerpo deforme en otra manta, junto con el revólver, y lo arrastró con dificultad hasta la puerta y luego por las rechinantes escaleras. Los talones del cuerpo resonaban al bajar cada escalón, hasta que llegaron al último, y Eliza lo arrastró con dificultad hacia la oscuridad de un callejón.

Estos hombres, quienesquiera que fueran, jamás dejarían de perseguirla. En Wapping, en Spitalfields, en todas partes. Tendrían distintos rostros, distintas edades y cargarían distintas armas, pero la recompensa monetaria siempre existiría, y era demasiado cuantiosa para que alguien la rechazara.

Eliza no volvió a entrar. Se puso a pensar en Marlowe, a quien amaba, y de pronto supo con toda certeza que el niño estaría mucho más seguro con Brynt. Brynt, quien sabía cómo funcionaba el mundo, quien no era perseguida por cazadores de recompensas y quien había estado considerando la posibilidad de regresar a América en los últimos días. Ahora todo eso parecía una especie de sueño. A dos calles de ahí, en Blackwell Court, había un hombre con una pinta de cerveza en la mano y un arma en el bolsillo, y seguro estaría despierto, incluso a esa hora. Eliza se envolvió bien con su harapiento chal, cruzó los brazos, abrazó sus codos y empezó a avanzar por los adoquines chorreantes a través de la niebla hasta la calle. Sentía que su corazón se rompía, pero no se permitió disminuir la velocidad ni voltear a ver la ventana rota de la habitación que rentaban, por miedo a lo que podría ver ahí: una pequeña silueta envuelta en una manta y presionando su mano pálida contra el vidrio.